

Las relaciones rumano-búlgaras

León Trotsky

31 de julio y 2 de agosto de 1913

(Versión al castellano desde “Les relations roumano-bulgares”, en L. Trotsky, *Les guerres balkaniques. 1912-1913*, Éditions science marxiste, París, 2002, páginas 318-323; también para las notas. Publicado en *Kievskaja Mysl*, número 209 y 211, 31 de julio y 2 de agosto de 1913.

Rumanía ha ampliado su territorio en 7.500 kilómetros cuadrados. ¿Cuáles son las ventajas de tal expansión?

Incluso antes de que comenzara la movilización, el eminente escritor rumano K. Dobrogeanu-Gherea dio una respuesta exhaustiva a esta pregunta en su libro *Conflictul Romîno-Bulgar*. Creo que la presentación del contenido de este pequeño opúsculo es la mejor manera de llevar al lector ruso al meollo del problema. En Silistra se publicó una traducción al búlgaro, poco antes de que la ciudad fuera ocupada por las fuerzas armadas rumanas.

Con el tono mesurado de un estudio *socrático*, interrumpido ocasionalmente por destellos de irritada ironía, el autor examina, uno por uno, todos los argumentos utilizados por los partidos *patrióticos* y su prensa a favor de la anexión por la fuerza de parte del territorio búlgaro. En primer lugar, estaba la idea de la compensación por la neutralidad observada por los rumanos durante la guerra búlgaro-turca, es decir, la idea de la *po vodku*¹ oriental traducida al lenguaje de la diplomacia europea. Dado que toda Europa había permanecido *neutral* y que Rumanía siempre se había enorgullecido de su papel de centinela desinteresado de Europa a las puertas de la península balcánica, esta petición de propina podría haber parecido inmoral. Incluso el gobierno rumano se dio cuenta de ello y, a través de sus organismos no oficiales, dio otros argumentos a la prensa. Otra idea puesta en circulación podría definirse como codicia sentimental. En pocas palabras, se sugirió que Bulgaria debía expresar, aunque tardíamente, su gratitud por el apoyo material y moral de Rumanía cuando los búlgaros estaban en proceso de establecerse como estado independiente. Esta gratitud debería haberse expresado mediante una oferta de territorio. No se puede negar que la gratitud es algo bonito, pero si adopta la forma de territorios habitados, se convierte en un problema porque implica el resurgimiento de la servidumbre de la tierra en las relaciones internacionales. ¿Qué habría sido del mapa de Europa si los gobernantes hubieran empezado a expresar su gratitud mutua con trozos de su estado o nacionalidad? Los organismos no oficiales tuvieron que volver a trabajar para encontrar un argumento más pertinente.

Los argumentos derivados de los intereses nacionales, que habían tenido un peso considerable e incluso, hasta cierto punto, legítimo en la primera guerra de los Balcanes, eran absolutamente inservibles para Rumanía. Al contrario, en conjunto, estos argumentos son contraproducentes. De los más de 300.000 habitantes del Cuadrilátero que Rumanía se anexionó, 150.000 son búlgaros y sólo 8.000 rumanos. Poco a poco, a medida que procedían por eliminación, los políticos rumanos tuvieron que recurrir a argumentos de carácter exclusivamente estratégico. Su razonamiento seguía más o menos este curso: antes de la guerra, el único objetivo de Bulgaria era liberar a sus hermanos del yugo turco, pero al final el resultado fue un aumento del cincuenta por ciento de su territorio y su población. En sí misma, esta expansión no nos habría preocupado, de no ser por la delicada cuestión de Dobruja² entre Bulgaria y nosotros. Los dirigentes políticos búlgaros siguen considerando Dobruja como parte de su territorio, que les fue arrebatado

injustamente, y pretenden recuperarlo en cuanto tengan fuerzas para ello. Para nosotros, rumanos, en cambio, Dobruja no es una provincia más, es el único acceso libre al mar, el pulmón de nuestro comercio y de nuestra industria, sin el cual el cuerpo económico de nuestro país se asfixiaría inevitablemente. Para garantizar nuestra posesión de Dobruja frente a las pretensiones de una Bulgaria más grande y más fuerte, debemos rectificar nuestra frontera meridional a toda costa.

Dobruja es de vital importancia para Rumanía, eso no se puede discutir, escribió Gherea. Pero es igualmente indiscutible que Bulgaria no quiere, o no puede tener como objetivo, la anexión de Dobruja. Es cierto que Bulgaria ha ampliado su territorio en un cincuenta por ciento (este panfleto fue escrito antes de la *débâcle*³ búlgara), pero esta expansión le ha costado muy cara en vidas humanas y recursos. Bulgaria tardaría no menos de veinte años en recuperar sus fuerzas y reanudar una política exterior activa. En semejante contexto, parece completamente absurdo arruinar nuestras relaciones con Bulgaria y suscitar deseos de *revanche*⁴, provocando así riesgos reales en nombre de la eliminación de riesgos hipotéticos que, por otra parte, podrían no surgir hasta dentro de varias décadas. Pero incluso estos riesgos hipotéticos no son más que un espectro. Bulgaria no se apoderará de Dobruja [norte] dentro de veinte o incluso treinta años. Entre los 400.000 habitantes de esta provincia sólo hay 50.000 búlgaros y, dentro de veinte años, constituirán una proporción insignificante de la población de Dobruja. Mientras tanto, Bulgaria ha pasado de ser un estado nacional homogéneo a uno heterogéneo. Dentro de sus nuevas fronteras hay turcos, albaneses, griegos, rumanos y judíos. Como país esencialmente rural con una cultura urbana poco desarrollada, Bulgaria tiene una capacidad de asimilación muy limitada. Cada grupo extranjero compacto y encerrado, a su pesar, dentro de las fronteras de la nueva Bulgaria, se verá inevitablemente atraído por los estados vecinos: los griegos por Grecia, los turcos por Turquía, y así sucesivamente.

El legado de la Guerra de los Balcanes es una herencia de odio nacional exacerbado tanto entre los estados balcánicos como dentro de la propia Bulgaria. Como consecuencia, la expansión territorial debilitó al estado búlgaro. En este caso, entrar en guerra por una provincia que Rumanía no está dispuesta a ceder sería arriesgado y podría poner en peligro la propia existencia de Bulgaria como nación independiente. Pero eso no es todo. Al añadir la protuberancia de Dobruja a su órgano estatal, Bulgaria se encontraría contigua a Rusia. Esta contigüidad es temida, como al diablo, por todos los partidos búlgaros, incluidos los rusófilos. El destino histórico de Polonia y Ucrania ha demostrado que la fraternidad eslava está viva y puede mantenerse de la mejor manera posible, a condición, sin embargo, de que se encuentre a cierta distancia de Rusia. El progreso del estado búlgaro en las últimas décadas se debe en gran medida a que Rumanía actúa como amortiguador entre él y Rusia, mientras que Serbia lo separa de Austria. Para Bulgaria, renunciar a esta situación internacional equivaldría a dar un paso hacia el suicidio estatal. El peligro es aún mayor si consideramos que Bulgaria se encontraría contigua a Rusia a través de una provincia anexionada por la fuerza y con una población que en tres cuartas partes es rumana, más atraída por su vecino Besarabia que por la Bulgaria extranjera. Hace algún tiempo, apareció en los periódicos una declaración de Danaev a un ministro rumano: “¡No queremos Dobruja, aunque nos la ofrezcáis!” Si Danaev dijo realmente estas palabras, significa que, por una vez, pero de forma absolutamente excepcional, expresó correctamente los verdaderos intereses del país.

Así pues, el peligro búlgaro en relación con la Dobruja es un mito absurdo. Pero supongamos, por ejemplo, que tal peligro existe. Evidentemente, en ese caso, el destino de Dobruja dependerá del equilibrio de poder entre Rumanía y Bulgaria. ¿Cuáles son las ventajas de Bulgaria? Su régimen más democrático y la presencia de campesinos libres. Una Rumanía fuerte podría oponerse a Bulgaria, no conquistando una pequeña parte del

territorio búlgaro, sino aumentando su potencial productivo, democratizando su vida política, emancipando a sus campesinos y adoptando una sabia política de colonización de Dobruja, fronteriza con Bulgaria. La expropiación de los latifundios de Dobruja y su transformación en pequeñas propiedades para los hambrientos campesinos rumanos haría inexpugnable esta frontera. Es absurdo suponer que una desafortunada rectificación de las fronteras pueda sustituir estas medidas. ¿Qué grandes ventajas estratégicas podría obtener Rumanía de la posesión del Cuadrilátero, ventajas que sólo se obtendrían gracias a una situación favorable? Hasta ahora, ni siquiera los partidarios más entusiastas de la anexión han sido capaces de responder a esta pregunta. Por otra parte, un eminente experto militar, el general Ilescu, ha dejado muy claro que no se puede negar por completo la importancia estratégica de la rectificación, pero que al mismo tiempo es ridículo exagerarla. Es la propia clase dirigente del país la que dice que, para las relaciones con Bulgaria, la anexión de Silistra a Rumanía sería un acto simbólico y no estratégico. Gherea se deshace en sarcasmos con los diletantes que gobiernan su país y que, para resolver los problemas vitales del estado, siguen las enseñanzas mezquinas de las corrientes literarias desarrollando, al mismo tiempo, una política clásica, romántica, simbolista o decadente, sin conseguir nunca aplicar una política inteligente.

Sean cuales sean las razones, Rumanía no ha seguido una política de anexión hasta el día de hoy [en 1913 - L. T.]. Al contrario, fue víctima de tal política.

Después de Polonia y Serbia, Rumanía ocupa el tercer lugar en el martirologio de las naciones que han sufrido la violencia del desmembramiento. En Besarabia, por un lado, y en Transilvania y Bucovina, por otro, vive casi la mitad de la nación rumana.

Atrapados entre los dos colosos de Rusia y Austria-Hungría, los rumanos ni siquiera se plantearon la posibilidad de seguir una política nacional expansionista agresiva. Obedeciendo al imperativo de su posición internacional, Rumania ha seguido hasta ahora, a pesar de las apetencias de las camarillas dirigentes, la única política susceptible de salvaguardar su existencia como estado. La guerra de los Balcanes ha desbaratado al gobierno rumano, confundiendo a ciertas mentes eminentes más de lo que ha sacudido el equilibrio entre los estados de la península. Sin embargo, no dirigió sus ambiciones de conquista en el plano nacional, es decir, contra Rusia o Austria-Hungría (lo que se habría considerado una acción quijotesca descabellada), sino en el plano simbólico... contra la exhausta Bulgaria, una elección que, naturalmente, no fue dictada por el quijotismo sino por una estupidez criminal.

Rumanía tomó este camino absorbiendo primero una provincia extranjera con una población búlgara dominante. Los búlgaros de Dobruja [norte] pasaron directamente del yugo turco al dominio rumano. Sin embargo, este cambio supuso una liberación para ellos. El caso es diferente para los búlgaros del Cuadrilátero que pasaron bajo dominio rumano. Durante treinta y cinco años vivieron en un estado nacional y participaron en su gestión mediante el sufragio universal. Después de hacer enormes sacrificios por la liberación de Macedonia, fueron trasladados como ovejas de un redil a otro, su nuevo amo los necesitaba para *rectificar fronteras* y demás. Ahora no sienten más que odio y amargura hacia el estado en el que han sido confinados a la fuerza y, al mismo tiempo, se convertirán sin duda en el punto de referencia de la población búlgara de Dobruja. Esta desafortunada rectificación no sólo agravó al máximo las relaciones entre Bulgaria y Rumanía, sino que también creó una provincia rebelde en las fronteras de Rumanía, dispuesta a ponerse del lado de Bulgaria en caso de guerra.

Gherea atribuye el empeoramiento de las relaciones rumano-búlgaras a su propio gobierno y a la diplomacia rusa. “Rusia nos dijo que teníamos el derecho indiscutible de pedir compensaciones y nos repitió que podíamos contar con su ayuda desinteresada. Al mismo tiempo, susurró a Bulgaria que podía contar con su apoyo fraternal y que los

búlgaros nunca tendrían que renunciar a Silistra porque Rusia tiene lazos históricos con la ciudad”. Sólo una estrecha alianza entre Rumania y Bulgaria puede garantizar la independencia de estos dos países y salvaguardar su desarrollo cultural y económico frente a las ambiciones imperialistas de las grandes potencias. Las relaciones hostiles entre los dos estados, ambos amenazados por los mismos peligros, los empujarían inevitablemente al campo opuesto, al de las grandes potencias. Uno caería bajo la tutela rusa y el otro quedaría reducido a la condición de vasallo de Austria. A todo esto hay que añadir la inevitable tendencia a reforzar las fortificaciones a lo largo de toda la frontera rumano-búlgara, el auge del militarismo y, en consecuencia, de la fiscalidad. Los gobernantes rumanos ignoraron por completo la admonición de Gherea. No sólo ocuparon el Cuadrilátero, sino que sancionaron esta anexión en un documento, inaugurando así una nueva fase en las relaciones rumano-búlgaras. Mientras tanto, Rumanía cosechaba los frutos de su política *simbólica*, con el estancamiento económico y la propagación del cólera en el ejército. Otros resultados llegarán a su debido tiempo. Cualquiera que crea que todo lo que sucede en esta tierra tiene un final podría concluir que la historia está en proceso de convertir a los actuales gobernantes de los Balcanes en ilotas borrachos objeto del ridículo universal, para ofrecer una lección edificante en beneficio de un pueblo más maduro.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



germinal_1917@yahoo.es

¹ Dicción rusa que significa “Por el vodka”, A vuestra salud.

² Dobruja septentrional, con el puerto de Constanța [Constanza], cedida por Turquía a Rumanía en 1878.

³ En francés en el original. Debacle.

⁴ En francés en el original. Revancha, venganza.